

ARTIFICIOS LITERARIOS

NARRATIVA

Éxodo

José Arturo Tapia Tamayo

El viejo despertador de Checho se sacudió a las cinco cuarenta y cinco de la mañana. Marce se paró de la cama para apagarlo y así, sin más, la niña encendió el día de su propio éxodo.

—Ándale, hija, se hace tarde. Nos vamos en el de 6:20.

—¿A dónde vamos, papá?

—¡Apúrale! Ya nos vamos.

Salieron de casa. No mucha carga, no mucha ropa. El dinero justo. Era un viaje en el que no podías alistarte, esa palabra se ahueca cuando emprendes un viaje como éste. Caminaron sobre la calle del Gallo hacia la parada del autobús ubicada a unos metros. Esperaron la llegada. Llegó y subieron. No había muchos pasajeros. Checho, por la ventanilla, le tiró la última mirada a la calle del Gallo sobre la que se paró por primera vez en su andadera cuando era niño. Marce no hizo lo mismo pues no sabía que era la última, entonces le echó una mirada desinteresada con probabilidades claras de volver. Se sentaron. El aire acondicionado brindó el frío de despedida requerido. La niña tomó su pequeña mochila anaranjada de Valiente, una princesa de Disney que llevaba una abundante cabellera china como la de ella, más tarde, recargó la cabeza a un costado de su padre con intenciones de recuperar de inmediato el sueño interrumpido. Checho abrazó la mochila que le habían regalado durante algún mitin político, esta llevaba al frente la palabra esperanza, a pesar de que cedía su existencia poco a poco ante el desgaste; aunque los brazos del hombre parecían sostenerse a ella dándole minutos de vida extra.

El autobús hizo parada en la caseta de Alpuyecá. Un potente rayo de sol se alojó en el ojo derecho del padre al despertar, este decidió cerrar la ventanilla sin saber que también deseaba construir un

muro para alejarse de la compleja realidad de afuera, acumulándose sin miramientos. Pasaron por la autopista y llegaron al Polvorín. Los dos iban durmiendo, segundos más tarde, Marce despertó agitada con la resaca de una pesadilla sitiando sus pensamientos.

—¡Apá, apá! ¿Dónde estamos? —El padre despertó.

—¿Qué pasó, hija? Estamos en el autobús.

—¿Dónde está?

—¿Qué cosa?

—Arón

—¿Quién?

—¡Arón!

—No te preocupes, hija.

—¿Dónde está, apá? ¿dónde?

—Alístate, ya nos vamos a bajar.

—¡Apá!

El autobús llegó a la terminal del centro de Cuernavaca. Fueron los primeros en bajar. En un viaje así la rapidez es la última aliada que abandona durante el camino. Caminaron hacia la avenida Morelos.

—¡Apá! ¿dónde está?

—Camina más rápido, hija. ¡Ándale!

—¿Dónde? ¿dónde está?

—Ya vamos a llegar, sí alcanzamos.

Llegaron a la otra terminal. Entraron a la estación. Vieron los autobuses prontos a salir en la pantalla que colgaba del techo y Checho llevó a su hija directo al mostrador para comprar el siguiente boleto; el cual se transformaría en una carta, una de despedida, la última.

—¿Dónde está, apá? ¿dónde?

Tardaron un tiempo considerable. Compraron los boletos y fueron a sentarse. El lugar estaba lleno, lleno de gente mareada en gritos, preocupaciones y uno que otro vacacionista imprevisto. Marce gritó intempestivamente agitando todo el cuerpo:

—¡Arón! ¡Arón!

La gente volteó para atestiguar su acción con una mirada auspiciada por el morbo instantáneo.

—¡Cálmate, Marcela! ¡Cálmate ya, chingada madre!

Checho tomó del brazo a su hija queriéndole pegar la piel al hueso, la tomó tan fuerte que dejó de preguntar para darle curso ininterrumpido al llanto. La llevó hacia afuera, la dejó llorar y le compró un champurrado típico de las esquinas mexicanas.

—¡Deja de chillar y tómatelo! ¡Ándale! ¡Tómatelo, pues!

Las lágrimas le humedecían sus palabras y las desmoronaba, terminando en una especie de brisa perdida en la nada.

—¿A dónde vamos, apá? ¿a dónde? ¿por qué...?

—Ya te dije que te calmes. Todo va a estar bien. Aquí voy a estar. No me sueltes.

—No, no te suelto, pero no respondes. De nada sirve que no te suelte, apá ¿por qué...?

—Ira, mejor tómatelo rápido. Ya es hora. Ámonos a formar.

Los dos corrieron a la zona de abordaje. Fueron segundos en la fila y abordaron. Tomaron asiento. Acomodaron sus mochilas en los compartimentos situados arriba de sus asientos. Marce ya no tenía a su Valiente y Checho ya no abrazaba nada más que a sí mismo. La pérdida de la esperanza no se compara con la pérdida de un ser querido, sin embargo, aquella vez el hombre sintió el mismo hueco al abrazarse. El viaje continuó como todo éxodo imposible de siquiera pensar en amortiguar.

—Apá, ¿a dónde vamos? siento algo en la panza, pero no sé qué es.

—Tienes miedo, mijita. Yo no tengo, hija. No va a pasarnos nada, ya vas a ver.

El padre lo había perdido todo menos la capacidad de mentir. El autobús arrancó. Marce sintió que el conductor no piso el acelerador sino su corazón, por tal motivo abrazó a su padre, queriendo hacer un nudo ciego al hilo que unía sus huesos con los de él. Frente a ellos se formaron varias horas ansiosas de jalonear su angustia. Los dos durmieron. Pasaron por varias paradas y despertaron hasta que en una el hambre los empujó desde adentro y los hizo bajar a comprar comida.

—Quiero unos *hot dogs*, apá.

—Sí, hija, ahorita vamos.

Salieron de un Oxxo. Observaron alrededor y localizaron una vieja mesa solitaria, se sentaron y entonces comenzaron a comer.

—Se convirtió en alimento, hija.

—¿Qué? ¿Qué dijiste?

—Arón...

—¿Arón? ¿dónde está? ¿dónde...?

—Mejor apúrale, hija. Ya nos está hablando el conductor.

Fue lo único que había respondido, apenas aquella respuesta embotellada en el sin sentido. Subieron al autobús. Pronto tomaron camino de nuevo. Durmieron otra vez. Una hora después Checho despertó, al instante miró por la ventana y vio a cientos de personas pidiendo aventón frente a una gasolinera de la autopista 57. Al tiempo que volteó la vista hacia su hija, bajó la mirada y sacó un papel en el que estaba escrito: “Don Moy - 482 543 2334- el viejo que abre el mar”. Volvió a observar a Marce y la acarició con el único gesto sincero que él le podía dar en ese momento. Llegaron a la última parada. Checho despertó a su hija.

—¿Dónde estamos? Apá ¿dónde estamos?

—Apúrale. Aquí bajamos.

—¿Qué es aquí, apá?

—No sé, hija. Tú camínale.

Tomaron un taxi. Checho le indicó el lugar al conductor y de inmediato se fueron. Al interior del taxi, Marce agarró la mano de su padre. Ella sabía que no lo era todo, pero era todo lo que tenía. La mano de su padre fue el sol de la mañana empujando la noche por última ocasión.

—Nomás me dieron para el viaje y la comida, hija. Por eso se nos fue. No me dieron chance de hacer nada.

—¿Quién? ¿Porqué...?

—No me dejaron elegir, pues. Pero, pero... ya estamos acá, hija.

—¿Dónde está, apá? ¿dónde? ... ¿dónde estamos? ¿dón...

Llegaron al lugar. Salieron del taxi. Checho se limpió las lágrimas como no queriendo perderlas, los lamentos se le hicieron agua en silencio. El conductor les explicó que en esa parada pasaba un microbús que los llevaba cerca de donde querían ir. Esperaron poco menos de una hora. El micro arribó. Subieron. Estaba lleno, entonces, tuvieron que irse parados. La gente los miraba. Había niños, niñas, un par de mujeres embarazadas, mujeres y hombres; la mayoría no pasaban de los treinta. Todos bajaron en la última parada. Todavía tenían que caminar un tramo de terracería. El desierto les

sacó su cara de depredador. Checho no soltaba a Marce. Levantó la cabeza, miró hacia atrás y luego hacia adelante. Unas veintitantas personas los acompañaban. El éxodo, uno para ellos, uno para ellas.

—¿Dónde está, acá? ¿dónde...?

—Cálmate, mijita. Ya vamos a llegar.

Un hombre que era acompañado por su hijo y su esposa embarazada se dirigió a Marce.

—No te preocupes, nena. Ya verás el paraíso, ya verás como se abre el mar, ya verás la tierra prometida.

Checho por un momento le mostró una sonrisa al hombre, no obstante, disimuladamente decidió alejarse con su hija.

—¿Vamos al paraíso, acá?

—Es que...

—Yo nunca he visto lo que hay después de la promesa, acá. No me lo has querido mostrar.

—¡Apúrale, mija!

—¿Dónde estamos?

Por fin llegaron al lugar. Los esperaba un camión de carga con las puertas abiertas, dos hombres custodiándolos y uno más que se acercó a las personas.

—¡Bienvenidos al paso del norte, familia! ¿Ya listos?

Nadie contestó. Únicamente recibió muecas y unas caras alargadas sin la mínima intención de acertarse.

—Bueno, pues pa luego es tarde. Yo soy don Moy, como ya saben muchos. Súbanse porque lo que queda es pa los zopilotes —rio.

Don Moy escupió una carcajada que se le veía desde la panza, la cual se dejaba ver por su camisa desabotonada. En la parte de arriba se observaban sus cejas enredadas que constantemente arqueaban; aunado a esto, mantenía una prominente calvicie medianamente ocultada bajo un sombrero vaquero.

—¡Ándenle, pues, familia! Ya nos están esperando. Van a ver que lo que se dice no es sólo un rumor. Van a ver como el mar se abre para inundar la mera esperanza.

Todos abordaron amontonados. El conductor arrancó pisando el acelerador para acostumbrar el motor. Marce, sentada en las piernas de su padre, sintió otra vez como pisaba su corazón hasta que

le exprimió tres pequeñas lágrimas. Los dos se abrazaron. La niña, poco después, miró la imagen de Valiente sobre la mochila, quien reía al escapar de su encierro; mientras tanto, Checho, al desear distraerse, arrancó las últimas letras que le quedaban a la palabra esperanza: sentía arrancarlas de su piel. El camión paró la marcha. Abrieron las puertas. La gente vestía el aire con la evidencia de su miedo que se mezclaba con el polvo desértico. Don Moy se dirigió a todos.

—¡Primera parada, familia! Ora, escúchenme bien. Ahorita les vamos a pasar a cobrar a cada uno de ustedes, pero antes les voy a contar algo sobre este desierto. Acá no hay espejismos ni visiones, ni nada de esas chingaderas, sobre estas tierras no se da eso. Lo que sí se da y a madres es el silencio y al silencio le caen gordos los vivos, pero no, no se me espanten. Lo que van a hacer es tomarse estas pastillas. Son unas pastillas para dormir. Nomás se van a quedar getones. La gente que dice que esta es tierra de nadie está bien equivocada. La tierra tiene dueño y el dueño tiene reglas y si no las cumplen, de a tiro ustedes y su familia van a acabar tirados dentro de la barriga de un barranco. Tonces, ustedes nos pagan, nosotros les damos las pastillas. No se apuren, no son dañinas. Pueden tomarlas las embarazadas, niñas, niños; todos. ¡Ándenle, pues! Los adultos dos y los niños una. Entre más rápido se las tomen, más rápido se les abrirá el mar. ¡Ora, pues! ¡Qué pa luego es tarde, cabrones!

Checho miró a su hija. Tomó las pastillas. Marce, dibujando una cruz en el aire como le había enseñado su madre, se tomó la suya: deseando que Dios mismo con sus manos le ayudara a tomársela. Todos hicieron lo mismo. Faltaba poco. La tierra prometida estaba detrás de aquel mar que se abriría ante ellos como un sueño que no termina con los ojos abiertos, sino comienza justo cuando estos se abren. Todos quedaron dormidos. El camión avanzó por al menos una hora y media más. Paró su camino y abrieron las puertas. Don Moy apareció entre la luz del sol, la cual arrojaba a las personas aún dormidas. Levantó las manos deseando abrir el mar y, posteriormente, las bajó. Descendió del camión. Alguien que acudió en una camioneta negra de redilas arribó al sitio para hablar con él.

—¡Ya se hizo, patrón! ¡Ahí ta el pedido!

Era un sujeto encamisado, gorra roja, botas vaqueras y un pantalón del mismo estilo.

—¡Ay, pinche Moy! Ora si te lucistes, canijo.

—Niñas, niños, mujeres, hombres; jóvenes y sanos, patrón. Mercancía en buen estado. Como siempre soy garantía de calidad, patrón.

—Hijo de la chingada. Tons me va a salir cara la jugada.

—Pos nomás calcúlele, patrón. Ahorita los órganos andan cariñosos.

—¡Arón! ¡Pichiguas! Órale, cabrones. Vengan a echarle ojo a la mercancía.

Dos hombres más bajaron de la camioneta negra. Ingresaron al camión. Arón reconoció a su padre y a su hermana. Estaban muertos. Todos lo estaban.

—¡No la friegue, patrón! ¡Acá está mi jefe! ¡Mi carnalita! ¡No mames! Tú dijistes que...

El patrón escuchó los gritos e interrumpió:

—¡Pichiguas!

Se escuchó un balazo al interior del camión. Nadie se inmutó pues el silencio era lo que más se daba en aquel desierto. Don Moy cobró. Pichiguas y el patrón se llevaron los cuerpos y el mar no se abrió, esta vez, el mar se quedó quieto.

José Arturo Tapia Tamayo

Mazatepec, Morelos, México; 1997

José Arturo Tapia Tamayo (José Tamayo) nació el 6 de agosto de 1997 en Mazatepec, Morelos, México. Estudió la carrera de Letras Hispánicas en la UAEM, ex alumno de la escuela de Escritores Ricardo Garibay. Publicó una antología llamada “La tierra cuarteada” y otros textos en Colombia, Miami y Nueva York.